



La casa maldita



**Regreso a la
casa maldita**

RICARDO MARIÑO

Ilustraciones de **Fernando Falcone**

loqueleo 



La casa maldita

Para Andrés Mariño



Si uno se deja llevar por el título, la casa estaba maldita. Se trataba de un antiguo caserón construido quién sabe cuándo a orillas de un camino que con el tiempo se fue cubriendo de malezas.

Hacía mucho que la gente evitaba pasar por sus inmediaciones y quienes recordaban la vieja edificación –parroquianos del almacén, viejas exageradas, gente gustosa de agrandar cuanto oía– hablaban de extraños movimientos de siluetas en el segundo piso, puertas que golpeaban estrepitosamente y chillidos abominables, inhumanos, que aun a la distancia ponían carne de gallina y aterrizaban al testigo ocasional.

Se decía que en la casa seguía “viviendo” la siniestra familia Vanderruil, que había morado en la casa hacía más de sesenta años. No faltaba quien asegurara haber visto al menor de los Vanderruil, el jorobado Victorious, caminando en compañía de

su feroz mastín, el perro desaparecido el día que enterraron a su dueño. Había también un vecino que juraba haber visto al viejo Vanderruil azotando a su esquelético caballo en las cercanías de la casa maldita y hasta decía haber escuchado las estridentes carcajadas del anciano, las mismas siniestras risotadas que los más antiguos del pueblo –juraban– le habían escuchado alguna vez.

Así comenzaba el relato.

Después, al escritor se le ocurrió hacer que un niño de once años fuera una noche a investigar la casa, acompañado por una amiguita de su misma edad. ¿Por qué esa desagradable determinación? ¿Por qué meter a dos criaturas en ese sitio espantoso en lugar de recurrir por ejemplo a una docena de los hombres más fuertes del pueblo, armados con elementos adecuados? Y, sobre todo, ¿por qué de noche? ¿Qué le costaba al escritor, si de todas formas se trataba de un cuento, hacer que el niño fuera en compañía de toda su pandilla y durante una mañana luminosa y radiante?

Pero no.

El niño se llamaba Aldo Osvaldo Basualdo y era el hijo número 32 de una familia dedicada a la cría de codornices gigantes de Moldavia, cuyos huevos comercializaba con...

El escritor releó el párrafo y decidió efectuar algunas correcciones:

Matías Elías Díaz llevaba por nombre el joven y era el hijo único de una familia que a la entrada del pueblo tenía una casa



de ventas de anclas para embarcaciones de gran calado. Como tratábase de un pueblo mediterráneo al cual ni siquiera rozaba un riacho menor, la familia del pequeño Matías se encontraba sumida en la pobreza. Durante días los Díaz no probaban bocado y, mientras esperaban el día en que acertara a entrar al negocio alguien interesado en las anclas, entreteníanse escuchando el angustioso ruido de sus estómagos hambrientos...

Los lectores –pensó el escritor–, conmovidos por la penosa situación del niño protagonista y su familia, no van a prestar atención suficiente a la extraña aventura en que se vio comprometido el muchacho. Decidió, entonces, cambiar algunos elementos de ese párrafo.

Como tratábase de un pueblo mediterráneo al cual ni siquiera le pasaba cerca un pequeño arroyito, el negocio de la familia Díaz gozaba de notable prosperidad. Dado que jamás se había visto por allí un barco, todo lo relacionado con la navegación era adorado por la gente de la zona. No había en varios kilómetros a la redonda quien no hubiera comprado un ancla al padre de Matías (el viejo Matías Díaz) para colocarla amorosamente en medio del jardín o en un rincón del living.

El pequeño Matías iba a la escuela por la mañana. Al lector le interesará saber que en el momento de esta historia el niño terminaba de cursar el último grado de la primaria tras padecer por nueve meses a una maestra apodada “la Cocodrilo”.

Por la tarde el niño ayudaba en el negocio de su padre: confeccionaba el listado de precios de las nuevas anclas, pintaba

pizarras con las ofertas del día para colocar en la puerta del establecimiento, o bien iba a cobrar las cuotas a los clientes que habían adquirido anclas mediante el ventajoso “plan de ahorro previo”.

Fue en una de esas oportunidades en que andaba de cobranza en su bicicleta cuando avistó la “casa maldita”. En ese momento no se animó a acercarse, pero sí tomó la resolución de hacerlo al día siguiente acompañado por su fiel amiguita Irene René Levene. Conocía a la perfección a Irene: aunque la idea la aterrorizara, igual aceptaría acompañarlo con tal de no demostrar debilidad.

Al día siguiente, al atardecer, cuando Matías Elías Díaz terminó de ayudar a su padre, él y la amiga montaron en sus bicicletas rumbo a la “casa maldita”.





Eran unas quince cuabras las que debían pedalear los niños, pero demoraron como si fueran ciento veintiocho. Quizá la carga les impidiera andar más ligero: llevaban fósforos, una gomera y una bolsa con piedras. O tal vez el indisimulable miedo tornara lento el pedaleo, aunque ellos se dieran ánimo diciendo que seguramente en la casa no habría nada.

Dejaron las bicicletas ocultas detrás de unos matorrales y subieron por una pequeña loma para observar la casa. Nada parecía moverse en ella y mucho menos los ventanales, que en realidad mantenían sus postigos cerrados. Solo la ventana de abajo estaba a medias abierta y hasta podía observarse el detalle de un vidrio roto (obra del viento, seguro).

Matías Elías Díaz miró esa ventana con detenimiento y apartó la vista ni bien pasó por su cabeza la idea de que, de haber alguien en la casa, seguro se asomaría por allí. Un rápido escalofrío